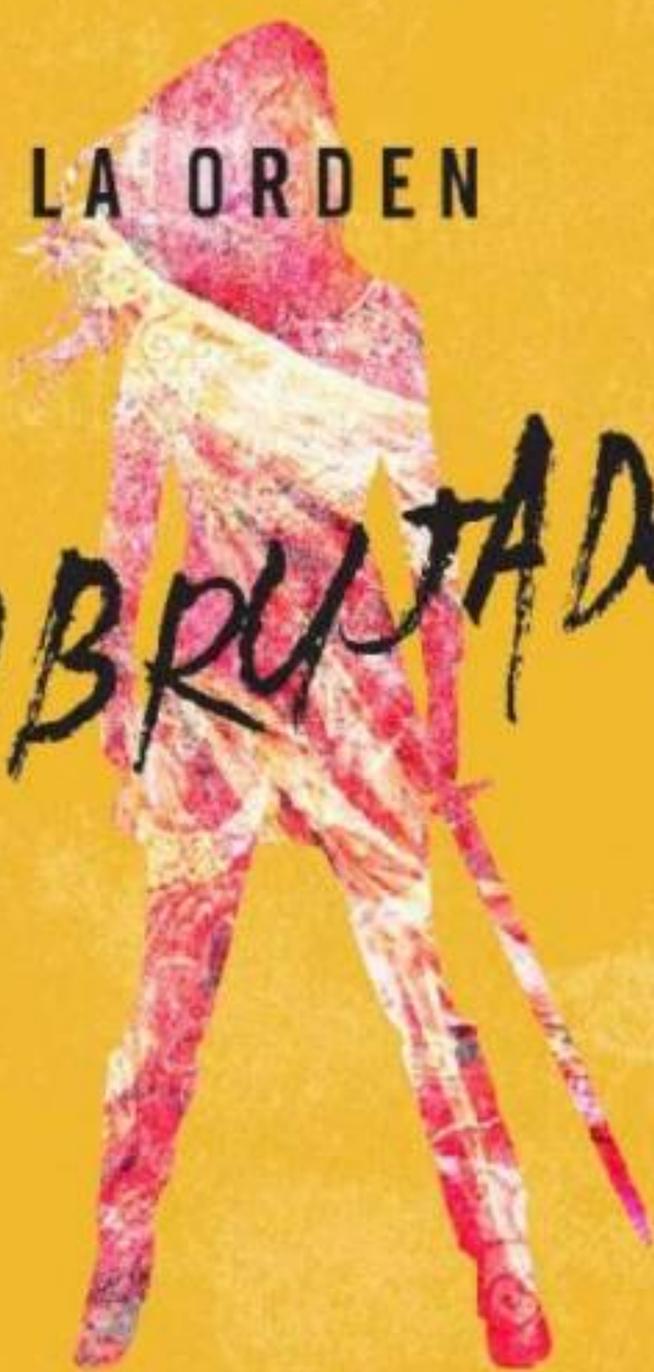


DANIELLE PAIGE

LA ORDEN

EMBRUTADA



UNA PRECUELA DIGITAL DE LA SERIE
¡DOROTHY DEBE MORIR!

DANIELLE PAIGE

LA ORDEN

EMBRUJADA

TRADUCCIÓN DE CAROL ISERN



Rocaeditorial

3

4

EL FIN DE OZ

Danielle Paige

El ejército de Dorothy Gale ha asesinado a la familia entera de Lanadel y el a ha jurado venganza. Está decidida a encontrar un grupo misterioso denominado La Orden Revolucionaria de los Malvados. Se rumorea que el grupo está entrenando gente para crear su propio ejército con el único objetivo de derrotar a Dorothy. Cuando finalmente los encuentra, Lanadel pronto comprenderá que no está preparada para ejecutar su venganza, ni por sus habilidades físicas ni por sus conocimientos sobre magia, y tendrá que esforzarse al máximo para poder convertirse en un miembro más de La Orden Revolucionaria.

ACERCA DE LA AUTORA

Danielle Paige, autora *best seller* de *The New York Times* por las series Dorothy debe morir y Stealing Snow, trabaja también para la industria de la televisión. Graduada por la Universidad de Columbia, vive actualmente en Nueva York. La serie Stealing Snow será publicada por Roca Editorial en 2017.

ACERCA DE LA OBRA

Quinta precuela de la serie *best seller* mundial ¡Dorothy debe morir!

También disponibles en *ebook* las otras cuatro primeras precuelas *Como en Oz*, *en ningún sitio*, *La bruja debe arder*, *El retorno del Mago* y *Corazón de hojalata*.

¡Dorothy debe morir! , *Los Malvados se alzarán*, *Baldosas amarillas en guerra* y *El fin de Oz* completan esta exitosa serie.

5

Índice

[Portadilla](#)

[Acerca de la autora](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Otros títulos que te gustarán](#)

[Créditos](#)

6

UNO

— O tra vez! —bramó Nox.

Lanadel apretó los dientes y se preparó para repetir la estocada con cuchillo que él le había enseñado por enésima vez (o eso le parecía). Ella sabía que entrenar con la Orden de los Malvados iba a ser difícil, pero no pensaba que iba a ser «ridículo». Estaba empapada de sudor; los oscuros mechones de pelo se le pegaban en el cuello. En casa, antes, su hermano siempre se burlaba de sus rizos salvajes e indomables, que se negaban a permanecer en su sitio cuando se hacía un moño. Se burlaba de ella sin piedad, tirándole de los mechones sueltos como si fuera...

Lanadel interrumpió ese pensamiento de golpe. Sus hermanos estaban muertos: por tal razón, ella se encontraba allí. Pensar en ellos no los traería de vuelta. Aquella herida era tan reciente que, cada vez que se perdía en sus pensamientos, olvidaba que se habían marchado. Olvidaba que no podía regresar a casa después de la práctica de lucha e ir a buscar a Rowan (y, de camino, darle un puñetazo a Beech en el hombro) para pelearse con él por una rebanada del pan recién horneado de su madre...

De repente, el puño de Nox impactó contra su mejilla haciéndole echar la cabeza hacia atrás: se tambaleó.

—¡Mono loco! —gritó ella, cubriéndose la mejilla dolorida con la mano—.

¿Por qué diantres has hecho eso?

—¡Si estuviéramos en el campo de batalla y no en la cueva de entrenamiento, te hubiera matado! —repuso Nox con frialdad y con una expresión de dureza en sus ojos grises—. No puedes distraerte mientras luchas.

Lanadel reprimió otra maldición. Nox era un maestro implacable, no tenía piedad y, a veces, era incluso cruel. Pero sabía lo que se hacía. Y ella sabía que él tenía razón. Pero si había alguien en Oz más testarudo que Nox, era ella: no pensaba permitir que la viera llorar.

7

—Vale —dijo, recomponiéndose—. Hagámoslo de nuevo.

Vio con satisfacción que los ojos de Nox mostraban cierta sorpresa. Quizás ella no fuera tan hábil como él, pero en cuanto a fuerza de voluntad no le andaba a la zaga. Ella siempre había sido tenaz; sin embargo, desde que su familia había muerto, su corazón se había vuelto tan duro como las joyas que adornaban los muros de la Ciudad Esmeralda. Había acudido a la orden para aprender no solo a luchar, sino a matar. Y cuando estuviera preparada, haría sufrir a los vasallos de Dorothy por todo lo que le habían hecho a su familia.

Se aseguraría de que murieran tan lenta y dolorosamente como ellos habían hecho morir a su familia. En este momento, la única cosa que le impedía reunirse con sus hermanos en ese mundo al que los ozianos iban al morir era su fuerza de voluntad. Y puesto que perder a su familia no la había matado, iba a hacer que sus asesinos pagaran por sus crímenes.

Lanadel sujetó la empuñadura del corto cuchillo de obsidiana que Nox le había dado esa mañana y adoptó la postura de combate. Si Nox se sentía con ganas de mostrarse particularmente canalla con ella, emplearía su magia. No obstan-

te, por el momento, se estaba limitando a moverse en círculos con paso lento y medido mientras la observaba, en busca de un punto débil en su defensa. De repente, se lanzó contra ella. Lanadel paró la estocada con el cuchillo y se oyó el estridente golpe de la piedra contra la piedra. Él retrocedió un poco y retomó el movimiento circular. «Concéntrate», se dijo a sí misma. A veces Nox descuidaba su lado izquierdo solo un poco, pero lo suficiente. Ahí estaba: ese ligerísimo gesto de su pierna izquierda. Lanadel vio su oportunidad y se lanzó hacia la derecha. En cuanto Nox hizo el gesto de detener el golpe, ella dio una voltereta en el suelo y le dio una patada a su pierna izquierda antes de ponerse en pie otra vez. Él perdió el equilibrio, pero no el temple: se lanzó sobre ella, la sujetó por el hombro, la tumbó en el suelo y se tiró encima.

—Jaque mate —gruñó, apoyándole el cuchillo en el cuello.

—Mira hacia abajo —repuso ella.

Nox miró hacia abajo y sonrió ligeramente: ella apretaba el cuchillo contra su corazón.

—No está mal —admitió de mala gana; rodó por el suelo y se puso en pie 8

con un único y ágil movimiento.

Lanadel todavía sentía la cabeza dolorida a causa del puñetazo y se le estaba hinchando un ojo. Además, se había torcido el tobillo cuando la había echado al suelo. Pero no era nada que un rápido baño en la piscina sanadora no pudiera curar. Ella estaba llena de sangre y magullada. Apestaba a sudor.

Sin embargo, Nox ni siquiera había perdido el resuello. Ni siquiera tenía revuelto el pelo, grueso y oscuro. Ni una gota de sudor había corrido por su cuerpo. Era irritante. Nox, co-

mo si le hubiera leído el pensamiento, la miró con displicencia.

—Estás mejorando, pero todavía te queda mucho camino por recorrer —le dijo en ese tono frío y distante que ya le empezaba a resultar familiar—.

Debes aprender más deprisa si quieres luchar con la Orden. Aquí no hay sitio para los débiles.

Lanadel sintió una oleada de furia, pero no pensaba demostrar que aquello la afectaba.

—Solo hace unas cuantas semanas que estoy entrenando —dijo en tono calmado.

Él se encogió de hombros.

—El tiempo es un lujo del que no disponemos aquí. Estamos al borde de la guerra.

—No hace falta que me lo digas —repuso ella.

Lanadel no le había contado lo de su familia. Solamente Gert estaba al corriente de lo sucedido. Además, por lo que ella sabía, Gert no se lo había contado a nadie.

—Parece ser que sí hace falta —respondió él con frialdad—. Debes trabajar mucho más de lo que lo has hecho hasta ahora si esperas ser de alguna ayuda para nosotros. Por hoy hemos terminado: mete el tobillo en la piscina. Nos vemos mañana a la salida del sol.

—Sí, señor —repuso ella sarcásticamente y en voz baja, pero él ya se alejaba.

Lanadel suspiró y se recogió el pelo en una cola de caballo sin conseguirlo del todo.

«Tú lo has querido», se dijo a sí misma mientras lo seguía fuera de la 9

cueva de entrenamiento y se encaminaba hacia la piscina sanadora.

10

DOS

A l llegar a la piscina se dio cuenta de que no estaba sola. Otra chica se desplazaba por el agua cálida y limpia mientras emitía unos sonidos medio angustiados, medio eufóricos. A Lanadel nadie le había explicado en qué consistía la magia de esa piscina; simplemente, era algo que funcionaba. Uno se metía dentro y, al salir, las heridas se habían curado, ya fueran muchas, ya fueran pocas tras el entrenamiento. Pero cuanto peor estaba uno, más dolía sanarse; lo cual, probablemente, debía de ser alguna especie de metáfora de lo que sucedía en la vida real. Lanadel se obligó a abandonar ese pensamiento, pues estaba haciendo cuanto podía por no pensar en la realidad

—Disculpa —dijo, incómoda, y la otra chica abrió los ojos de inmediato.

—¡No me había dado cuenta de que había alguien aquí! —exclamó.

Era guapa, casi demasiado guapa. Tenía el cabello largo y dorado que flotaba, tras ella, en la superficie del agua. Sus ojos eran verdes y claros; sus labios estaban muy bien dibujados. Y estaba totalmente desnuda. Su cuerpo, lleno de arañazos.

—No-no, es culpa mía —tartamudeó Lanadel mientras intentaba con desesperación no mirar a la otra chica.

Había vivido con chicos, así que los había visto desnudos muchas veces.

Ellos no tenían la más mínima vergüenza. Sin embargo, por lo que recordaba, a ella nadie la había visto nunca desnuda. Fijó la mirada en un punto inofensivo de la superficie del agua: ¿quién sería esa chica desnuda? ¿Era otra recluta? Lanadel no la había visto antes, pero mucha gente entraba y salía de las cuevas. Y ella no hacía mucho tiempo que estaba allí.

—Oh, no seas tonta —exclamó la chica. Dio una palmada en el agua y unas gotas cristalinas salpicaron a Lanadel—. Hay mucho sitio. Es solo que me has sobresaltado. —Mirando a Lanadel de arriba abajo, añadió—: Y, no te ofendas, pero necesitas meterte en la piscina más que yo.

—Sí, eh..., gracias —contestó Lanadel.

11

Había crecido en un pueblo pequeño y, aparte de sus hermanos, no había tenido amigos. No sabía muy bien cómo comportarse con otras personas. Y, desde luego, no tenía ni idea de cómo relacionarse con otras chicas. Fuera quien fuera esa, parecía tranquila y segura de sí misma; al parecer, no la incomodaba estar desnuda delante de otra persona. ¿Se suponía que Lanadel también debía desnudarse? Miró hacia otra parte y, roja como un tomate, se quitó la ropa de entrenamiento y entró en la piscina. Cuando notó el contacto del agua con los golpes y los cortes de su cuerpo, tuvo que ahogar un grito de dolor.

—Es lo peor —dijo la otra chica con empatía—. En serio, es lo peor. Dura meses, pero al final te acostumbras. Eres nue-

va, ¿verdad?

—Sí —respondió Lanadel con una mueca de dolor. A pesar de ello, se alegraba de que ese dolor le impidiera pensar en que estaban desnudas—.

Solo hace unas cuantas semanas que estoy aquí.

—Las primeras semanas son las más difíciles —dijo la otra chica—. Pero luego se hace más fácil, te lo prometo. Pronto ni siquiera te darás cuenta de que te duele. —Se rio—. Me llamo Melindra —añadió—. Ya hace bastante tiempo que lucho con la Orden. El tiempo suficiente para saberlo. —Levantó una mano y, contando con los dedos, dijo—: Mombi está loca. Gert es un encanto. Glamora es más lista de lo que parece. Y Nox es un cabrón. —

Frunció el ceño—. Es un cabrón guapo, eso sí —admitió—. Y no coquetea.

Nunca.

Lanadel soltó una carcajada por primera vez desde que había llegado a las cuevas para pedir que le enseñaran a combatir.

—¿Intentaste coquetear con él?

—Claro —respondió Melindra, que reprimió una sonrisa—. Cuando sabes cómo desarmarlo, ya no tienes mucho más que hacer aquí. Me refiero a que es evidente que te enseñan magia. Pero probablemente no lo hacen enseguida. Primero has de aprender a combatir. —Dirigió los ojos al cielo y, haciendo el signo de comillas con los dedos, añadió, imitando el modo de hablar de la vieja bruja Mombi—: Porque no se sabe lo que Dorothy nos echará encima.

Lanadel volvió a reírse.

12

—Me suena —dijo.

—Al final de la semana te lo sabrás de memoria —predijo Melindra—. El deber hacia Oz, bla, bla, bla; unir los cuatro costados del país, bla, bla, bla; las brujas unidas por primera vez en la historia de Oz para enfrentarse a esta importante e inesperada amenaza a la seguridad de nuestro país.

El regreso de Dorothy a Oz había sido emocionante. La era de los Magos era anterior al nacimiento de Lanadel, pero ella ya tenía edad suficiente para recordar el gobierno del Hombre de Paja. Era un tipo amable que había sido un gobernante dulce y adorable, pero nunca había sido especialmente efectivo. Durante un tiempo, implantó la construcción de escuelas por todo Oz. Ella, al igual que los otros niños del pueblo y sus hermanos, había acudido a la pequeña escuela del pueblo. Allí había aprendido muchas cosas extrañas que todavía recordaba: las exportaciones anuales de fruta del Reino de las Bestias, el precio de las frutas del bosque del País Quadling y los peligros más importantes que corres al viajar entre monos alados. Pero era difícil encontrarle sentido a la escuela. Así pues, los padres no tardaron en dejar de enviar a sus hijos al colegio. Había demasiado trabajo que hacer para malgastar el día memorizando los nombres de todos los gobernantes de los winkies.

Entonces algo sucedió en la Ciudad Esmeralda: de repente, el Hombre de Paja ya no era rey y tuvieron una nueva gobernante que se llamaba Ozma, que había sido reina desde el principio o algo así. Las noticias tardaban mucho en llegar al pequeño pueblo de Lanadel, en las lejanas colinas del País Quadling; además, sus gentes no daban mucha importancia a los gobernantes: sus vidas cotidianas continuaban igual fuera quien fuera el que se sentara en el trono de Oz.

Sin embargo, incluso en su pueblo supieron del regreso de Dorothy. La niña de la que habían oído hablar en los cuentos y leyendas, la Matabrujas que había salvado Oz tanto tiempo atrás, no solo era real, sino que había regresado. La familia de Lanadel lo celebró, al igual que todos los demás. Y

cuando Dorothy se convirtió en reina de Oz..., bueno, eso fue incluso mejor.

O eso creyeron. Pero había pasado el tiempo. Fue Dorothy quien creó esas criaturas medio personas, medio máquinas. Eso había sido antes de que 13

Dorothy empezara a saquear las aldeas y los pueblos de todo Oz, llevándose prisioneros y dejando una estela de desolación, caos y casas quemadas.

Antes de que esas cosas terribles hubieran alcanzado el pueblo de Lanadel y...

«No —se dijo—. ¡Ahora no!» No podía permitirse pensar en lo que le había sucedido a su familia. Eso la destrozaría antes de haber tenido la ocasión de vengarse. Y la Orden le daba su única oportunidad.

La Revolucionaria Orden de los Malvados era misteriosa: su existencia no había sido para ella más que un rumor cuando se había puesto en marcha para encontrarla, después de que..., después de que las tropas de Dorothy hubieran acabado con su familia. Tardó muchas semanas, viajando y preguntando en mercados y posadas, en llegar (medio muerta de hambre y completamente extenuada) a las cuevas de la cima de las montañas de los Viajeros. No existía ningún mapa: esas montañas se movían demasiado para poder levantar un mapa de ellas. Para completar ese viaje, Lanadel solo disponía de historias medio fantásticas: que la Bruja Malvada del Oeste todavía estaba viva y que había reunido un ejérci-

to para detener el caos que Dorothy había traído a Oz; que Glinda era una agente doble que estaba a caballo entre la Ciudad Esmeralda y la localización secreta en medio de las montañas; que los monos alados eran malignos; que los monos alados eran buenos; que en algún punto del costado del monte Gillikin estaba la entrada a un laberinto de cavernas y túneles que conducían hasta el corazón de Oz, y que allí había un enorme ejército que se entrenaba en secreto para llegar a ser suficientemente fuerte y enfrentarse a las terribles fuerzas de Dorothy.

Para cuando alcanzó las colinas que había al pie de las montañas de los Viajeros, ya hacía mucho tiempo que Lanadel se había quedado sin comida.

Sabía que adentrarse en ese paraje significaba una muerte segura..., a no ser que la Orden fuera real y a no ser que pudiera encontrarla. Pero no dudó ni un momento en dar el primer paso por el estrecho y rocoso camino que serpenteaba entre las montañas que la rodeaban, llenas de profundas e imponentes grietas. Su único motivo para vivir era la venganza. Y solo la Orden podría ayudarla en ese propósito.

—Sigue la sombra del monte Gillikin —susurró, repitiendo las palabras 14

que un viejo posadero le había dicho en un tranquilo caserío del País Gillikin.

Y quizá fuera por el delirio que le producían el hambre y el agotamiento, pero le parecía que las palabras del posadero tenían un significado literal. El monte Gillikin era el pico más alto de esa cadena que no paraba de mutar; a medida que las montañas se movían, su larga e inmensa sombra había cobrado la forma de una mano gigante que la animaba a continuar hacia delante. No hacía mucho que caminaba cuando una imponente tormenta descargó sobre el lateral